

## Guía de Lectores

**M**I poesía, como mi vida, ha sido un camino hacia la muerte", nos dice Julio Barrenechea en el "autorretrato Lírico" que precede a su volumen de poemas titulado "Voz Reunida" (Editora Nacional Gabriela Mistral, Stgo., 1975). Un camino hacia la muerte, que es común a todos y que sólo ofrece diferencias según quién lo recorre. Aquí tenemos por este camino, que es como los ríos "que van a dar al mar, que es el morir", a Julio Barrenechea, tal vez uno de los seres menos mortecinos (por no decir mortales) que hemos conocido. Una vitalidad, un gran gozo espiritual del acto de vivir, una fina conciencia de todo lo que vive y, tal vez, de por qué vive, una exaltación de la maravilla de ser, en la hoja, en el árbol, en el paisaje, en el amigo, en la amada, en el mar, en la estrella, en el cosmos, esto es, a fin de cuentas y en su fibra más íntima la poesía y la existencia de Julio Barrenechea.

Por este mismo gozo de la vida, es tan aguda la conciencia de lo pasajero, de ese "Diario Morir" —título de otra de sus obras— en nuestro poeta. El apagado no puede ver la luz o si la ve no

la entiende con amor. Y de igual manera, aquel que posee el don de admirar el milagro de la vida, posee también, un sentido muy íntimo de ese deslizarse primero lento y luego rápido, cada vez más rápido hacia un término.

En ese transcurso hay etapas de gozo y de miserias, de dolores y alegrías que no son accidentes sino una continuidad, que el poeta puede observar con una pequeña sonrisa y hasta con irónico gesto, pues posee la clave, la difícil clave que es ver una totalidad en lo que para otros sólo parece un acontecimiento.

Así, en ese contexto, se entiende también la evolución poética de Julio Barrenechea, desde los alegres o finos juegos verbales de algunos de sus poemas, hasta la profundidad wápiritual de otros. Lo importante, lo curioso, es que en Julio Barrenechea esa evolución no constituye un desarrollo sistemático de etapas que se van sucediendo, sino una simultaneidad, como si en su interior la conciencia de lo bello efímero y lo bello trascendente fueran sólo los cambiantes matices de una misma verdad.

Así lo señala él mismo en el excelente análisis que hace de su propia poesía. Desde "El mitin de las mariposas" hasta "Voz reunida" un hilo conductor a veces muy tenue va señalando el derrotero de esa gran angustia y esa gran aspiración interior que estalla, finalmente, ya libre y sin trabas, en las últimas obras en las que el destino espiritual está patente, definido y alcanza los matices del testimonio.

Conozco desde hace muchos años a Julio Barrenechea y siempre me admiró en él esa madurez recubierta de liviandad, en el buen sentido del término: un hombre con mucho de filósofo que no atiborra a los demás con sus verdades sino con el generoso derrame de su alegría ni pacata ni frívola, sino muy viril y bien asentada en un espíritu sabio y alerta. Un hombre, en suma, dotado de la rara virtud de ser poeta.

Muchos son los que escriben versos: algunos con brillo, con talento, con oficio. Pero los poetas son pocos. Escribir poemas puede ser sólo un sintoma: el poeta se revela en una totalidad del ser, como ocurre, por ejemplo, en Julio Barrenechea. Lo sabrá quien lo lea con reco-

gimiento, haciéndose un silencio interior, como es necesario para escuchar las voces puras en nuestro mundo tan poblado de ruidos y cafonías.

Leamos, pues, esta breve muestra, que ojalá sea próambulo de una próxima lectura total:

Arrodilladas oran las montañas,  
silenciosas, tapadas,  
como grandes señoras religiosas.

Su rosario de piedras  
reza el río.

El órgano del bosque  
acompaña el silencio vespéral  
con un rumor de leve ruido.

Devotamente asisten  
sombas anticipadas  
al oficio.

Un evangelio de fragancia  
esparce su palabra  
entre la bruma.

Y el Monseñor nocturno  
con ternura  
levanta la hostia de la luna.

Y cuando un poeta habla,  
el comentarista debe callar  
No es lícito enturbiar la  
limpia superficie de estos  
versos ni su hondura con  
palabras ajenas al poeta.

Hernán Poblete Vargas